LAS NOBLEZAS

DE

DON JUAN

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. ENRIQUE MENENDEZ

Estrenada en el Teatro de la Comedia la noche del 18 de Marzo de 1900.

MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Carrera de San Francisco, 4
1900

Á PEREDA

con todo el cariño y la admiración de

Enrique Menéndez.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa del Marqués. Riqueza y buen gusto. Sobre una mesa un reloj. Puerta al fondo y laterales: la de la derecha da paso al despacho del Marqués, y la de la izquierda á las habitaciones de Carmen y á otras. Es de noche. Al levantarse el telón, María aparece bordando sentada junto á una mesa.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y el MARQUÉS

MARQ.—(Por la derecha, ordenando unos papeles, que luego guarda en el bolsillo.) ¿No ha vuelto la niña, Maruja?

MARÍA.—No, señor Marqués. Salió á hacer unas compras.....

MARQ.—Sí, ya sé: con su tía..... Bien, me iré á pie. Haz el favor de decirla que he tenido que salir de nuevo. Con tanta cosa en la cabeza, me habia olvidado de la dichosa Comisión..... Pero que estaré aquí á la hora de comer; que no se impaciente.

MARÍA.—Está muy bien.

MARQ.—¿Y Pedro? ¿Dónde anda ese muchacho, que hace una hora estoy preguntando en vano por él?.... Algo le sucede á Pedro. ¿Si estará enamorado? ¿Sabes tú algo de eso?

MARÍA.—¿Yo, señor?

MARQ.—(Mirando en el reloj de sobremesa.) ¡Diablo! ¡Las siete y cuarto! Y sin mí no puede hacer hoy nada la Comisión. (Sigue arreglando presuroso sus papeles.)

MARÍA.—Pero, señor Marqués, usted no descansa nunca.

MARQ.—Nunca, hija mía: así lo quiere el país.

MARÍA.—Quien le viera siempre de prisa y preocupado, no pensaría que era usted un hombre rico, independiente.....

MARQ.—Los hombres que amamos la patria no podemos ser independientes, aunque lo seamos. ¿Se ha de perder en el vacío el talento, poco ó mucho, que Dios nos ha dado; nuestra actividad, nuestras *energías?*

MARÍA.—Yo, pobre de mí, no entiendo de eso; pero le aseguro que al ver lo mucho que valen unas personas, como usted, por ejemplo, y lo inútiles que somos otras, llego á creer que no estamos todos hechos de la misma pasta.

MARQ..—Pues no hay motivo para creerlo, María. La Providencia lo ha dispuesto todo de manera que nada huelgue en el mundo. (Con tono algo declamatorio.) Tú eres en la máquina social tanto como yo, una rueda. Quiero decir, señores..... es decir, señoras. La costumbre de..... En fin, que tan indispensable eres tú como yo en el concierto de las naciones, y que en este momento histórico, las siete y pico de la tarde, nos disponemos por igual á seguir cumpliendo nuestra misión sobre la haz de la tierra, tú en la honrada labor de tu costura, ó de lo que sea, y yo en la Comisión de aranceles. He dicho.

ESCENA II

Dichos, CARMEN y un CRIADO

(El criado trae varios paquetes, cajas, etc.)

CARM.—(Que ha oído las últimas palabras.) ¡Bravo! ¡Bravo! Varios diputados felicitan al orador. (Abrazando cariñosamente á su padre.)

MARQ.—¡Gracias, señores!.... ¿Y tu tía Pepa?

CARM.—La ha llevado el coche á hacer una visita cerca de aquí; pero volverá á comer con nosotros..... y con Carlos. Pero ¿qué, papá? ¿Vas á salir? ¡Adiós comida!

MARQ.—Es indispensable; pero no temas, que pronto vuelvo.

CARM.—Alguna Comisión..... Ya comprendes (con mimo) que al convidado de hoy no se le debe hacer esperar.

MARQ.—Descuida, enamorada. (Vase por el fondo.)

CARM.—(Al criado.) Deja eso ahí. (El criado deja sobre una mesa lo que traía y se va.)

ESCENA III

MARIA y CARMEN

CARM..— (Destocándose, ayudada por María, del sombrero y abrigo.) Pues, señor, no sé cómo hay quien se case. Y sobre todo, quien trate con modistas y sastres. ¿Recuerdas haberme oído hablar de un abrigo de camino que ví hace poco tiempo á la de Valleflorido? Pues resultó que se le había hecho Monsieur Brisse, mi propio sastre, y he ido á encargarle otro igual.

MARÍA.—¿Y qué?

CARM..—Que es un capricho imposible de realizar. La Valleflorido impuso por condición al sastre que no había de hacer ningún otro según aquel modelo. He rogado á Brisse, he tratado de sobornarle, le he amenazado hasta con la cárcel..... y nada, no hay abrigo.

MARÍA.—¿Y no podría hacértele otro sastre ó una modista cualquiera?

CARM..—Tampoco, porque el figurín no se ha publicado: es una obra inédita de Brisse. ¡Oh, si yo hubiera sido hombre, le desafío! En fin; qué cosas le habré dicho, que mi tía Pepa salía avergonzada. ¡Mi tía Pepa!.... Vamos á ver, ¿y por qué ha de tomar una estas cosas tan á pechos?

MARÍA.—La verdad es que nunca te he visto tan apurada por una cuestión de traje.

CARM..—Pues ahí tienes: hasta estos extremos ridículos nos conduce el amor. Nunca hasta hoy había deseado yo ser, bien lo sabes, la más hermosa ni la más elegante. Pero hoy sí. ¡Ay, María de mi alma! Todo me parece poco para presentarme á Carlos, después que nos casemos. ¡Estoy tan enamorada de él..... y tan celosa de las demás mujeres!

MARÍA.—¿Celosa tú? Yo creo que nadie ha tenido nunca menos motivo para estarlo. D. Carlos.....

CARM..—¡Ay, amiga mía! Á los hombres así, á los Donjuanes, es prudencia tenerlos siempre miedo. Su arrepentimiento parece sincero; pero un hombre que vale lo que mi no-

vio, que ha corrido y sonado lo que él, que ha sido adorado y mimado por todas las mujeres de su tiempo, no renuncia tan fácilmente al deseo de hacer reverdecer sus laureles. Gloria grande es alcanzarle; pero, como toda gloria, ha de estar llena de cuidados.

María.—Bien podrá ser como lo dices; pero la conducta de Don Carlos desde que tiene estos amores..... ¡Si yo pienso que odia ya á todas las demás mujeres!

Carm..—No á todas: no dirás eso por tí, pues las señales no son de odiarte.

María.—¡Carmen!

Carm..—No, tonta, si no tengo celos.

María.—Ya lo supongo. (Con cierto dejo de tristeza.)

Carm..—¡Oh! no es porque yo no crea que podrías ser una rival temible. Si eres pobre, eres hermosa y buena, y precisamente dábamos con un hombre que sabe poner en su punto esas cualidades.

María.—¡Por Dios, Carmen!

Carm..—Si ya te digo que no tengo celos. Ni tú habías de consentir galanteos de un novio mío, queriéndome lo que me quieres, ni él es tan sandio que me la fuera á pegar tan á ojos vistas. No temas: os conozco bien á los dos, y sé apreciar en su justo valor vuestras amistosas relaciones. La prueba es el gusto con que las veo. Carlos, que tiene mucho talento y un alma muy noble.....

María.—¡Oh, sí, muy noble!

Carm..—No hace más que participar del interés que á mí me inspiras.

María.—¿Pues qué otra cosa....?

Carm..—Ve tu situación y te compadece. Como él es un tunante..... miento, como él ha sido un tunante, sabe muy bien á qué peligros andan expuestas en el mundo las muchachas como tú, desvalidas y hermosas. Por eso no deja de aconsejarte y dirigirte.....

María.—Y Dios se lo pague.

Carm..—Más te han de valer sus consejos que los míos. ¡Así tuvieran todas las muchachas un hombre leal que las aconsejara!.... No basta el buen deseo. ¡Ah, pues si bastara el que yo tengo de tu dicha! Te quiero tanto,

Maruja, que no sabes lo que daría, sobre todo ahora que me siento tan feliz, por ver desde aquí todo tu camino libre de piedras. Deseo bien loco: mira tú quién va á leer en el porvenir. Tan llana como ahora parece mi senda, ¡quién sabe las piedras que yo encontraré en ella!

MARÍA.—Puede que ninguna. ¡Se lo pienso pedir á Dios tan de veras!

CARM..—De todos modos, mientras no aparecen, ¿á qué pensar en ello? ¿No es verdad? (Se dirige hacia donde están los paquetes de sus compras, y busca algo entre ellos.)

MARÍA.—Buena entrada has dado hoy al bolsillo de tu padre.

CARM..—(Mostrando abierto un estuche de joyería.) Para mi cuñadita, la rubia más mona que ha nacido de madre..... Esmeraldas, que es la moda. Figúrate cómo sentarán estas piedras sobre aquel cuello de mármol rosado..... ¿Tú no la conoces?

MARÍA.—No.

CARM..—Pues es preciosa. Cuando la ví por primera vez en el patio del colegio, fué como una aparición. Vestida de blanco, con la trenza colgando..... Creí que era Margarita..... ¡Infeliz! ¡Dios la libre!

MARÍA.—Pues por hermosa que sea, la joya me parece digna de ella.

CARM..—Lo demás tiene poco que ver. (Enredando con los demás paquetes.) Este es el abanico de la disputa. Al fin le cambié por el que te gustaba á tí..... Ea, voy á llevarlo todo adentro (toca un timbre), porque si no luego me armo un lío..... (Á un criado que aparece.) Trae todo eso á mi gabinete. Me voy volviendo muy arregladita. ¿No lo has notado?

MARÍA.—Buena falta te hacía.

CARM..—Y es..... ¿á que no sabes lo que es? Que una tarde le oí á él elogiar mucho á una mujer hacendosa..... ¡Buen maestro es amor!.... Con que hasta luego. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

MARÍA y PEDRO

PEDRO.—(Desde la puerta de la derecha, y mirando receloso á todas partes.) Sola..... ¿En qué estará pensando? ¡Si fuera en mí! (Avanza al centro.)

MARÍA.—(Que distraída no le ha oído llegar.) ¿Eh, quién? ¡Ah, Pedro!

PEDRO.—Dispensa que venga á interrumpir tus cavilaciones; pero como yo no soy de los que tienen derecho á hablarte á todas horas..... (Momento de embarazoso silencio.)

MARÍA.—¡Ah! el Marqués ha preguntado por tí.

PEDRO.—Eso mismo hago yo: preguntar por mí.

MARÍA.—¡Hombre, qué sublime estás!

PEDRO.—(Con ironía.) Es que quiero ver si te alcanzo. Como ahora te da á tí por esas sublimidades.....

MARÍA.—¿Vuelves á tus reconvenciones?

PEDRO.—Si tú no volvieras cada día á tus ligerezas.....

MARÍA.—Pedro, mira lo que dices. ¿Cuál he cometido yo?.... Y si las cometiera, no serías tú el llamado á reprenderme por ellas. Podría hacerlo mi padre—¡oh, no fuera malo! —mi marido, si le tuviera; pero tú, ¿por qué?

PEDRO.—Porque aspiro á serlo, y no se me había cerrado el camino.

MARÍA.—Es igual, si tú mismo te empeñas en cerrártele con tus recelos y tu carácter violento.

PEDRO.—Ni violento ni receloso era yo hasta ahora, ya lo sabes, y si ahora lo soy..... María, ¿no ves que te quiero con toda mi alma?.... Bien: yo te doy palabra de matar en mi estas inquietudes..... Aunque ¡cuánto mejor sería que las matases tú misma!

MARÍA.—Si está visto que no lo consigo.

PEDRO.—Bueno: dejémonos de estas retóricas, que tanto han dado en gustarte (volviendo á su tono agrio de antes) bien sé yo desde cuándo, y..... Ya ves: hasta en eso te sigo el gusto, yo que siempre hablé llano. Dejémoslas, y sepa yo de una vez á qué atenerme. ¿Estás dispuesta á ser mi mujer? No te ofrezco ninguna lotería, ya lo sé:

pero si tus deseos paraban en ser esposa de un hombre de bien, yo te convengo, María..... (Pausa corta.) Si necesitas más datos para poder resolver en seguida el caso, como te pido que le resuelvas, te los daré ahora mismo. No sé si estás bien enterada del puesto que ocupo en esta casa. Al buen corazón del Marqués y al recuerdo que en él dejó la fidelidad de mi padre, administrador suyo, debo el no ser á estas horas un gañán de aldea: él cuidó de mi educación, me dió lugar en su casa y ocupación en ella, que es lo que más le agradezco. No me atrevo á decirte que soy su secretario; pero sí que soy algo más que su amanuense. Administro, además, los bienes de la Baronesa. No he tenido tiempo para aprender modales de cortesano: bien los envidio desde que te quiero; pero tampoco le he tenido de aprender sus vicios..... De modo que, tal como es mi riqueza, si basta para que tus manos no trabajen, ¿qué más necesito? Vuelvo, pues, á preguntártelo: ¿Estás dispuesta á ser mi mujer? Sea cuanto antes, en ese caso.

María.—¿Y á qué esa prisa? Cualquiera diría que pende de nuestro casamiento la salvación del mundo. Lo que acabas de decirme te honra mucho, y yo te lo agradezco con todo mi corazón. ¡Si, Pedro: puedes creerme! Pero ya te lo he dicho: déjame un poco de libertad para pensarlo. Yo no tengo experiencia ninguna del mundo: necesito observar, aconsejarme de alguno..... Ya ves que en asuntos de este género pueden ser tan graves las equivocaciones..... En fin, ¿á qué esa prisa?

Pedro.—Yo te lo diré. En primer lugar, ni á tí ni á mí, que tanto debemos al Marqués y á su hija, nos está bien recatar de ellos ni siquiera nuestros pensamientos. Sólo espero tu respuesta para enterarles de mi propósito, y no tener que andar, como ahora, huyéndolos para vernos. No es un delito mi cariño, y harás que me lo parezca con seguir teniéndole oculto. En segundo lugar..... ¡en primero para mi corazón! quiero ser el único hombre que tenga derecho á..... á ampararte. ¿Lo entiendes?.... ¿No? Pues lo diré más claro. Tu

amistad con ese caballero, con el D. Carlos ese que te aconseja y te mima, y cuida de tus pasos como un padre (con ironía) es un tormento para mí.

MARÍA.—(Indignada.) ¡Pedro! (Mudando luego de tono.) Pero, hombre, ¿por qué? Si él, por halagar á la que va á ser su esposa, se digna tratarme con afabilidad y hasta interesarse en mis asuntos, ¿no hace demasiado? ¿He de pagarle su favor con una grosería? A un hombre que no ha pensado..... ¡qué tontería! ni puede pensar en mí, ¿he de ir á decirle que no me hable, porque mi novio tiene celos? Mira ahí una de las razones que yo tengo para esperar: quiero ver si cambias de carácter, si dejas de ser visionario y pierdes esa dureza.....

PEDRO.—Y me paso el día acariciando un pájaro ó regando los tiestos, ¿no es eso? ¡No, María! ¡Dureza! Los hombres han de ser duros, que ellos son la madera de que se hace la casa y la que ha de aguantar los temporales.

MARÍA.—Calla: me parece que han abierto la puerta.

PEDRO.—Y la cuestión sin resolver, como siempre..... ¡Y yo cada vez más dado al diablo!

MARÍA.—Alguien viene. Adiós. (Vase Pedro por la derecha.)

ESCENA V

MARÍA, la BARONESA y CARLOS

BAR...—(Por el fondo, del brazo de Carlos.) Nada, hombre, que soy la Providencia de usted. (Soltando el brazo de Carlos.) Lo mismo sucedió el otro día.

CARL..—Sí. (¡Dios mío, cuándo me abandonará la Providencia!) (Se acerca á María, que se habrá puesto de pie al verlos entrar, y la estrecha cariñoso la mano. Viendo que la Baronesa no la hace indicación ninguna, María vuelve, al cabo de un rato, á sentarse.)

BAR...—Ya lo ha oído usted: Carmen está sola. De modo que si acierto á llegar dos minutos más tarde, tiene usted que tomar lindamente la puerta y esperar en la esquina á que á mi cuñado le diera la gana de volver.

CARL..—(Á María.) La encuentro á usted triste..... y como turbada..... (Volviéndose hacia la Baronesa.) Ya el encontrar á

usted es bastante dicha, para que me crea dispensado de agradecerle ninguna otra.

BAR...—(Bajo á él.) Pero, hombre, ¡qué poca vergüenza tienes!

CARL..—(Idem.) Mil gracias. ¡Tú siempre tan espiritual!....

BAR...—¡Ay, amigo Carlos! ¡Qué de tristezas traen consigo los años!

CARL..—(¡Adiós! Se va á poner lírica.)

BAR...—Aquí me tiene usted reducida á autorizar con mi presencia el tierno diálogo de dos amantes: á oficiar de mamá.

CARL..—No, Pepa: para eso sería preciso que se pintase usted la cara, para parecer vieja y fea.....

BAR...—Bueno: pues á oficiar de institutriz. ¡Yo, que nunca supe enseñar nada! ¿Qué es enseñar? Me daría por contenta con haber aprendido algo. En vida de mi pobre marido.....

CARL..—(Con sorna.) ¡El pobre!

BAR...—Que tuvo la manía de las mujeres ilustradas, estuve dando lección de inglés cuatro años, y nunca logré pasar de los primeros temas: «¿Tiene usted los lápices azules de los buenos marineros ingleses?....»

CARL..—«No, señor; pero tengo los sombreros redondos del amigo de mi boticario.» «¿Tiene usted.....»

BAR...—¿Pues en Historia? La del crimen de la calle de Fuencarral.

CARL..—¡Qué exageración! No se culpe usted sino de falta de paciencia. El aprendizaje de las lenguas requiere mucho tiempo: cuatro años no son nada.

BAR...—Nada, ¡qué han de ser!.... Pues vea usted, para todo hay gustos: al secretario de la embajada alemana le encanta mi ignorancia. Dice que esto hace de mí un tipo muy español.

CARL..—Eso y su hermosura. (Bajo á ella.) ¿Para qué quieres tú saber más, si sabes cautivar las almas....?

BAR...—Sí; sólo que la cárcel en que las guardo es también muy española; todos los días hay escalos. (Todo esto en voz baja también.) Y si los presos escapados tuvieran un resto de..... de vergüenza, no vendrían aún á asomarse á las rejas.

CARL..—¡Oh! la prisión de las almas debe ser así, temporal.

Esto dice mucho en favor del carcelero, de su generosidad..... Así, por ejemplo, nuestros antiguos amores.....

Bar...—¿Con que temporal, eh? Por eso te vas á condenar ahora á cadena perpetua.

Carl..—Esa es una quiebra del oficio. ¿Qué le vas á hacer? (Se dirige hacia María.)

Bar... —(¡Qué deficiente es ese Código Penal! Bien hacen los autores de dramas en ponerle como ropa de Pascua.)

Carl..—¡Qué primoroso bordado! Baronesa, vea usted, vea usted qué pinceles son las manos de esta señorita.

Bar...—Perdone usted: de eso sí que no entiendo nada. (Y la costurerilla se ruboriza..... ¿Será tunante este hombre?)

Carl..—¿Con que tampoco de bordados, eh?

Bar...—Tampoco. He empleado mi vida en cosas más arduas.

Carl..—¡Calle! (Volviendo á su lado.)

Bar...—Sí, señor: en estudiar el corazón humano.

Carl..— (Con extrañeza burlesca.) ¡Ah!

Bar...—(Remedando el tono de Carlos.) ¡Oh! (Por lo bajo á él y señalando hacia María.) Por lo visto, también te dedicas á la caza menor.

Carl..—¡Pepa, por Dios! ¿Tú olvidas que voy á casarme? (Bajo también.)

Bar...—No, señor. (Cualquier día olvido yo eso.) Pero me acuerdo de quién eres tú.

ESCENA VI

Dichos y CARMEN

Carm.—(Saliendo por la izquierda.) ¡Hola, señores! (Dando amorosamente la mano á Carlos.)

Carl..—Buenas noches..... ¡novia!

Bar...—(Que ha cogido al vuelo la palabra.) ¡Justo! Ese nombre lo dice todo.

Carm.—(A la Baronesa.) Corta ha sido la visita.

Bar...—De médico. Lo malo es que aquella pobre Gertrudis no tiene cura: cada día la encuentro más tonta.

Carl..—¡Baronesa, un poco de caridad!

BAR...—Hombre, ¿quiere usted más caridad que ir á verla sabiendo que es tonta? (Se dirige hacia una mesa y se finge distraída hojeando unos libros ó álbums.)

CARM.—(Aparte á Carlos.) ¿Por qué no fuiste al Real? Vaya una noche divertida que pasé.

CARL..—Vamos, como la mía. ¿De modo que no sabes nada? Pues si lo cuentan los periódicos..... Se puso muy malo en la *Peña* Fuentes Arias, aquel diputado andaluz que te presenté una noche. Y tuvimos que llevarle á su casa, donde estuve hasta después de las doce..... Chica, un ataque cerebral espantoso. Como que todos creíamos que se marchaba. Y en el *rápido*..... ¿No lo dice *La Epoca?*

CARM.—Sí: no sé qué he leído.....

CARL..—A todo esto allí nadie se acordaba de ofrecer á uno un triste caldo. (Siguen hablando bajo.)

BAR...—(Ea, que no puedo acostumbrarme á estos dialoguitos..... Pero, Señor, ¿qué me importará á mí lo que haga este bribón? Pues está visto que me importa..... Todo se paga. Yo me pasé la vida mariposeando, hasta que vino éste, que es coleccionista de mariposas, y me clavó con un alfiler en la pared..... Y no sale, no sale el alfiler..... La suerte, para hacerme más burla, me obliga ahora á intervenir en los preparativos de su boda..... ¡Su boda! Eso todavía está por ver. ¡Pepa, hay que discurrir alguna diablura que te deje vengada y á él corrido! La empresa no es fácil; pero..... Por de pronto, cojamos ahora las tijeras y cortemos este idilio.) (Se acerca á los amantes.) Dime, Carmen..... (A Carlos con sorna.) Y usted perdone..... ¿Recibiste ya el segundo envío de París?

CARM.—Sí: antes de ayer. ¿No te lo había dicho? Hay primores, Pepa: ya verás qué bordados. Mañana quedará expuesto todo en la salita amarilla.

BAR...—Si no te molestara enseñármelos ahora..... He quedado en darle datos esta noche á aquel periodista que va á casa de la generala.

CARM.—¡Qué ha de molestarme!

CARL..—(A la Baronesa.) Pero ¿usted entiende de bordados?

CARM. —Vamos por aquí. (Dirigiéndose hacia la izquierda. Carlos sigue á las señoras hacia la puerta.)

BAR...—¿Dónde va usted?

CARL..—¿Eh?.... Pues á ver esos..... primores.

BAR...—Usted es quien no debe entender de esto. Y luego las dará de educado á la inglesa. ¡Ir á ver la ropa blanca de una dama! Quédese usted ahí. (Y enamora á esa, que por ahí no vamos mal.) (Vanse las dos señoras.)

CARL..—(¡Pobre mujer!) (Vuelve al centro.)

ESCENA VII

MARIA y CARLOS

CARL..—Mucha atención reclama ese trabajo. (María se inmuta algo y no levanta la vista.) Pero ha de advertir usted que sobre unos ojos tan bonitos todos tenemos derecho..... ¿Está usted enojada conmigo, María?

MARÍA.—¿Yo? No por cierto. ¿Qué motivo....?

CARL..—Pues entonces.....

MARÍA.—¿Por qué cree usted eso? No, Don Carlos. (Fuera cavilaciones.) Dios me libre de enojarme con tan buen amigo..... Usted me ha permitido que le dé este nombre.

CARL..—Querrá usted decir que se lo he rogado. En fin, me alegro mucho de haber pecado de aprensivo, sobre todo hoy que venía engolosinado con la promesa que se me hizo ayer..... ¿se acuerda usted?.... de revelarme cierto secretillo.

MARÍA.—Sí que me acuerdo.

CARL..—Dijo usted que deseaba pedirme un consejo.

MARIA.—Es usted tan bueno para mí que..... Ya ve usted: en cualquier cosa que me pase ¿de quién he de aconsejarme, sola en el mundo? De usted ó de Carmen. Más natural parecía contárselo á ella; pero..... yo no sé por qué, me da un poco de vergüenza. ¡Y eso que me quiere tanto! En cambio, á usted..... La verdad es que también me cuesta un poco; pero ¡me inspira tanta confianza! No sé cómo puede usted haber sido tan malo como dicen.

CARL..—¿Eso dicen?

MARÍA.—Eso dicen, pero yo no lo creo. Bueno que se haya usted divertido.....

CARL..—Vaya usted á saber lo cierto. Pero no se trata de mí.....

MARÍA.—Y de todos modos, yo necesito creer que es bueno, ya que me demuestra interés. Si viera usted qué triste es, cuando una vuelve á casa, no encontrar allí nadie á quien contar..... Ya usted sabe cómo vivo yo.

CARL..—Yo no sé, María, sino que no es usted todo lo feliz que merece ser. Por lo demás.....

MARÍA.—¿No? Pensé que Carmen le habría enterado..... ¡Vaya una necedad la mía! Como si no tuvieran ustedes de qué hablar más que de esta pobre muchacha..... ¿Tampoco yo le he contado á usted....?

CARL..—¡Si no me cuenta usted nada!

MARÍA.—No habrá habido ocasión, que si no..... ¡Oh! no vaya usted á creer que mi vida es una novela. Aunque por lo triste..... Mi madre murió cuando era yo muy niña. Ya para entonces no vivía mi padre. Fué mucho tiempo ama de llaves de esta casa, el todo en ella, pues ya habrá usted oído que la Marquesa estuvo siempre muy enferma. Logró mi pobre madre ahorrar algún dinero: ella no entendía de colocarlo, y se fió de un mal amigo, que fingió comprarla no sé qué papel y la pagaba unos réditos. Cuando quedé huérfana no pareció recibo ni documento alguno que acreditara mi derecho, y no pude recobrar aquel capital que tantos afanes costaría reunir.

CARL..—¡Pobre niña!.... Siga usted.

MARÍA.—Así fué que me encontré educada para señorita y sin tener dónde caerme muerta, como no quisieran dejarme caer en esta casa. El Marqués y Carmen se ocuparon en todo: completé mi educación, prescindiendo de las cosas inútiles y aplicándome a lo que pudiera darme un modo de vivir. El Marqués, sin pensar nunca en abandonarme, lo dispuso así é hizo bien. Su hija consiguió luego que me ocuparan muchas de sus amigas; pero es tan buena, que me retiene casi siempre á su lado, inventando una porción de labores y trabajos que

ninguna falta le hacen. Quiere que esté aquí para que no me entristezca sola en casa.....

CARL..—Y para que le sirva usted de compañía: usted es una amiga discreta.....

MARÍA.—Por su consejo vivo con unos viejecitos, marido y mujer, que me ceden algunas habitaciones de su casa. Unas personas muy buenas, pero nada comunicativas.

CARL..—Triste es la relación; pero no se queje usted de la suerte mientras la deje, como hasta ahora, firmeza para arrostrar sus iras y corazón para agradecer sus beneficios. Ea, no se apene usted, y vamos al asunto. (Breve pausa.)

MARÍA.—Si no sé..... ni cómo empezar.

CARL..—No importa: los confesores tenemos previsto ese caso. Yo iré preguntando. Vamos á ver: ¿quién es el pretendiente?.... ¿Eh? Parece que la pregunta no ha ido mal dirigida.

MARÍA.—Pero ¿por qué ha sospechado usted....?

CARL..—Porque usted ha dicho que tenía que pedirme un consejo. La pregunta no hace mucho honor á mi penetración. ¿Sobre qué había usted de pedírmele?.... Con que al grano. ¿Quién es el pretendiente? Si le parece mucho esto, preguntaré de otro modo. ¿Cómo es el novio?

MARÍA.—Es un muchacho honrado, trabajador y listo; en fin, mucho más de lo que yo merezco.

CARL..—¡Para él estaba!

MARÍA.—Y que quiere casarse en seguida.

CARL..—En ese caso no atino sobre qué he de dar mi parecer. ¿Sobre el día en que ha de ser la boda?

MARÍA.—No, señor: es que yo..... no tengo tanta prisa como él.

CARL..—Eso ya es otra cosa.

MARÍA.—Y además..... (Pausa corta.)

CARL..—Además, ¿qué?.... ¿Está usted enamorada de él?

MARÍA.—No lo puedo decir, porque..... yo no sé..... lo que es eso.

CARL..—¿No ha tenido usted novio hasta ahora?

MARÍA.—No, señor.

CARL..—¿Ni ha visto usted..... novios?

MARÍA.—Eso sí: á usted y.....

CARL..—¿Cree usted que él la quiere mucho? Esta pregunta parece poco galante, pero la explicaré. La hermosura de usted—y no me refiero solamente á la del rostro—pide, para ser bien estimada, gran delicadeza de..... de percepción, cierta educación del sentimiento, que no todos tienen.

MARÍA.—¡Por Dios, D. Carlos!

CARL..—Pero que bien puede tenerlos ese sujeto.

MARÍA.—Yo creo que su cariño es verdad; pero..... Yo pienso que el que quiere mucho á una mujer la habla siempre con mucha dulzura..... y con palabras bonitas..... Por ejemplo: usted, cuando habla con..... y con cualquiera que hable. ¡Si parece que adivina usted lo que una piensa! Encuentra palabras para expresarlo todo. Yo, al menos, me estaría oyendo á usted una semana entera..... ¡Jesús, qué tonterías estoy diciendo!

CARL..—Venimos á sacar en limpio que ese joven tiene mal genio.....

MARÍA.—Y unos gustos tan distintos de los míos..... Ya sabe usted mi pasión por las flores: pues dice.....

CARL..—¡Bah! No hay que hacer caso de bravatas. Ni en uno ni en otro sentido. No olvide usted que San Pedro—fíjese bien, San Pedro—faltó tres veces á las suyas. ¿Qué hará, pues, este otro Pedro, que probablemente no irá para santo?..... ¡Hola! ¿Acerté con el nombre?

MARÍA.—¡Pero usted todo lo sabe!

CARL..—No, María: nada más que lo que interesa á las personas que estimo. El amor se delata pronto, sobre todo en hombres tan sencillos como el amante de que se trata.

ESCENA VIII

Dichos y un CRIADO; luego MANOLO

CRIADO.—(Anunciando.) El señorito Manolo. (Vase.)

(Entra Manolo envuelto en amplio gabán de pieles y tapándose la boca con un pañuelo.)

CARL..—¿Eh? (A María.) ¡Qué oportunidad la de este pobre diablo!

(A Manolo.) ¡Bien venido, seor tapado! Puedes descubrir esa linda faz, que ya no queda ninguna pulmonía.

MAN...—(Con calma y languidez.) En mi estado toda precaución es poca. (Desabrigándose lentamente.) ¿Cómo va, niña? Hermosísima como siempre.

MARÍA.—Muchas gracias.

CARL..—Sí, hijo, sí: cuídate. ¿Qué se iba á hacer Madrid el día que tú faltaras?

MAN...—Hombre, á Madrid puede que no le importara mi falta; pero ¿y á mí la de Madrid? Y eso que la vida para los seres como yo tiene bien pocos encantos.

CARL..—Sigues mal de tus achaques, ¿eh?

MAN...—¡Malísimamente!

CARL..—¿La neurastenia?

MAN...—Y la dispepsia consecutiva, que es lo que más me mortifica, ¿sabes?

CARL..—¡Pobre muchacho!

MAN...—¿Y mi prima?

CARL..—Por adentro con la Baronesa. Darás con ellas hacia el salón ó por ahí.....

MAN...—No, deja: las veré luego. Oye. ¿Es verdad que comes hoy aquí? No sé quién me lo ha dicho.

CARL..—Pues no te han engañado.

MAN...—He supuesto que, de ser cierto, se esmeraría el cocinero; y como no puedo comer más que de capricho, he querido dar un vistazo al *menú*. Voy á hacer que me le traigan. (Se levanta perezosamente y toca el timbre.) ¿Ves qué falta de fuerzas? Agotamiento del fluido nervioso, ¿sabes?

CARL..—(Con asombro burlesco.) ¡No digas eso!

CRIADO.—(Desde la puerta del fondo.) ¿Qué desean los señores?

MAN...—Tráete un *menú* de hoy.

CRIADO.—Al momento. (Vase.)

CARL..—Veo que sabes prevenirte contra las contingencias.

MAN...—¡Ay, amigo!.... Pero, hombre (acercando su silla á la de María), es cosa rara: cada día me parece más bonita esta niña.

CARL..—¡Cuidado! No gastes fluido.

MAN...—Será alguna alucinación.

CARL..—Sí, no puede ser otra cosa. (¡Ah, pillo!) (Entra el Criado y entrega á Manolo el *menú*. Este se pone á leerle. A María.) Estaba oyendo á usted con tanto gusto..... Hay hombres que tienen la habilidad de no llegar nunca á tiempo.

MARÍA.—Ya le tendremos de seguir la conversación. (¿Qué tendría que decir de ella Pedro? ¡Si parece que le ha encargado de su defensa!)

MAN...— ¡Pshé! (Dejando de leer.) Lo de siempre, poco más ó menos.

CARL..—¿Le encuentras digno de tu desgana?

MAN...—(Sacando del bolsillo otros tres ó cuatro *carnets* y repasándolos con la vista.) Sí: parece el mejor de todos.

CARL..—¿Qué es eso?

MAN...—Otros *menús*.

CARL..—¿Haces colección como el Doctor Thebussen?

MAN...—Visito siempre á estas horas tres ó cuatro casas de las que dan de comer, ¿sabes? y pido en todas la lista: comparo luego los estilos y me atengo al de mejor literatura. ¡Así tengo que vivir, Carlos! (Se oye á un reloj dar las ocho.) ¡Las ocho! La píldora. (Saca una de una cajita que trae en el bolsillo y la toma.)

CARL..—¿De qué son?

MAN...—De valerianato de quinina. Nada, ¿sabes? Paliativos..... Dime: ¿no da pena ver siempre á esta muchacha tan afanada? Para mí, es un principio inconcuso que la hermosura no ha nacido para trabajar. Y cuando la hermosura es además modesta..... ¿sabes?

MARÍA.—(¡Qué necio de hombre!)

MAN...—Mucho menos. No hay corona para la mujer hermosa como la holgazanería.

CARL..—Muy bien. Estás poetizando.....

MAN...—¿Sí? Pues, mira, hago muy mal en eso. Es una de las cosas que más me recomendó Charcot: que cuidase mucho de la imaginación..... Afortunadamente, aquí no necesita ella poner nada de su parte para que á uno le parezca guapísima esta chica.

CARL..—(¡Dale!)

MAN...—¡Lástima que se pierdan en la obscuridad tantas gracias! No tiene eso que llamamos *gran mundo* seis damas que

se la puedan poner delante. (Levantándose y acercándose más á María.) En mí encontrará usted siempre.....

Carl..—(Llevándosele del brazo hacia otro lado.) Hombre, ¿qué tenía yo que decirte?.... Ah, ya sé.

Man...—(En voz baja á Carlos.) Eres un egoísta, ¿sabes? Todo lo quieres para tí solo. (María se levanta, recoge su labor y vase por la izquierda.)

Carl..—(Idem.) Eres un mamarracho, ¿sabes? Y yo un hombre que gusta de respetar y de hacer que se respeten la inocencia y el candor.

Man...—(Idem.) ¿Ahora moralista? ¡Tenéis cada fase rara los Donjuanes después que os aburrís de serlo!.... ¿Quién hubiera pensado que Carlos Queveda?.... Pues, mira, á mí no me la das tú. Conozco también el sistema *proteccionista*, que, por lo visto, es el que empleas con ésta.

Carl..—Te prohibo que te pase siquiera por la mente....

Man...—Ya le has usado otras veces. ¿No te acuerdas de la *Huérfana de Bruselas*, como la llamaba Pepe?

Carl..—No lo metas á barato, y escucha con atención lo que te prohibo.

Man...—Bien, hombre, no te canses: desde hoy *tabohí*, sagrada.

Carl..—¡Hasta para el pensamiento!

Man...—(¡Y esto cuando va á casarse!.... Estaba por escandalizarme. Si supiera que no me hacía daño.....)

ESCENA IX

Dichos, CARMEN y la BARONESA

Man...—(Saludando á Carmen.) ¡Mi interesante prima! (Sale María sin labor y con mantilla.)

Bar...—¿Aquí está el incurable?

Man...—(Estrechando su mano.) Adorándote siempre.

Carl..—¿Qué tal ese *trousseau?* (Á María cuando entra por la izquierda.) ¿Se va usted, María? (Ayudándola á meterse un abrigo.)

María.—Es mi hora.

Carl..—Así, bien tapadita, que la noche está muy fría. Y ya lo sabe usted: el paso ligero, y á los moscones la cara más fea que se pueda. Lo malo es que usted no puede.....

BAR...—¡Jesús, qué solicitud! Dichosa tú, sobrina, que te vas á casar con el hombre más galante de Madrid.

CARM..—Siempre has de encontrar mal lo que hace Carlos; me voy á enfadar. (Á María.) Ven, María: por aquí puedes salir.

MARÍA.—Muy buenas noches.

MAN...—¡Adiós! (Vanse Carmen y María por la izquierda.)

ESCENA X

La BARONESA, CARLOS y MANOLO

CARL..—(Bajo á la Baronesa.) ¡Eres atroz! El mejor día descubre Carmen.....

BAR...—(Idem á Carlos.) Y si lo descubriera, ¿qué?

CARL..—Que podría..... juzgar un peligro para ella tu presencia en esta casa.

BAR...—Y echarme de ella, ¿no es verdad?.... ¡Carlos, no seas vanidoso!

MAN...—¿Con que bailaremos aquí el lunes?

BAR...—¿También tú, tan malito como estás?

MAN...—Y ¿con qué motivo es la fiesta? ¿O es baile de Carnaval?

BAR...—Ese día es el santo de mi cuñado.

MAN...—Pues nunca se le había ocurrido solemnizarlo tanto. Ya podían haberle dejado para otro día.

CARL..—¿Cuál? ¿El santo?

MAN...—El baile, guasón. Porque ese día hay máscaras en el Real, ¿sabes?

BAR...—Pero la noche da para todo, y podrás divertirte en ambos sitios.

CARL..—¡Divertirte tú! ¡Qué sarcasmo!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, CARMEN y el MARQUÉS

(Carmen por la izquierda.—El Marqués por el foro.)

MARQ..—(Á Carmen.) Ya ves que cumplo mi palabra. (Á Carlos y Manolo.) ¿Cómo va, juventud dorada? La patria lo espera todo de vosotros.

MAN...—¡Pobre patria!

MARQ..—¡Quiera Dios que acertéis á hacer por ella algo más que los hombres de la generación presente! ¡Qué hombres, Dios mío! ¡Qué modo de cumplir con la sagrada representación del país!

CARM..—Adiós, no se reunió la Comisión.

MARQ. —Por falta de número. ¡Siempre la falta de número!.... ¡Qué se ha de hacer! Procuremos buscar en las alegrías del hogar la compensación á tanta..... (Entra un criado.)

CRIADO.—La señorita está servida.

BAR...—Ya está ahí la alegría del hogar.

MARQ. —Pues á la mesa. ¿Estamos todos?

MAN...—(Ofreciendo el brazo á Carmen.) Sí: aquí hay hasta sobra de número, ¿sabes?

MARQ. —Ah, ¿también tú nos acompañas? (Carlos da el brazo á la Baronesa, y se dirigen todos á la puerta del fondo.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Este acto pasa también en casa del Marqués. El escenario aparece dividido: forma la mitad derecha el tocador de Carmen, con puerta en el lado que mira al resto del escenario y otra enfrente; este resto representa un saloncito de paso. Ambas habitaciones amuebladas con artístico lujo. Puerta, en el saloncillo, al fondo, y otra lateral. Sobre una mesa servicio de café, que acaban de tomar algunos de los personajes. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

La BARONESA, CARLOS, el MARQUÉS y MANOLO

(Manolo aparece sentado junto á una mesilla volante, como esperando á que le sirvan algo. Los demás, distribuídos con elegante abandono por la escena.)

MARQ..—En fin, Carlos, nunca acabaría yo de ponderarte las ventajas de ser lo que llamamos un *hombre serio*. A tí no te falta sino ese pequeño detalle para ser un buen político: inteligencia, actividad, conocimiento del mundo..... todo lo tienes; pero.....

CARL..—Usted no sabe lo que á mí me enfada eso de la cosa pública, al menos como oficio. Luego, el que no ha nacido serio, ¿cómo cambia de repente?

MARQ..—Si no hablo de serlo, sino de parecerlo simplemente.

BAR...—(Con intención.) Eso es, como hacen en otro orden de cosas algunos bribones, que á lo mejor les conviene parecer formales, y lo parecen.

MARQ..—Como en esta tierra abundan tan poco las caras ceñudas y los hombres callados, aparece de pronto uno con esas condiciones, y la multitud le respeta como á un sér superior. Después, como aquí no profundizamos en

nada, ni tenemos tiempo ni humor para ello, no se llega nunca á averiguar si ese que aparece es realmente serio ó lo finge.

CARL..—Bien está; pero el tal logrará engañar á los de fuera, al patio; pero ¿y á los demás actores, que le ven tan de cerca?

MARQ..—Pero ¿no ves, infeliz, que todos son actores? Tú lo has dicho. ¿Y has visto nunca que en el teatro salga uno gritando: ¡Eh, caballeros, que éste no es tal César, ó tal Don Pedro de Castilla, sino Don Fulano de Tal, galán de esta compañía? Esto sin contar con que es tanta la fuerza sugestiva del *serio*, que no ya á los de al lado, sino á sí propio, es capaz de engañarse.

CARL..—Pues nada, yo he de probar.....

MARQ..—El *serio* es flor de todas las estaciones y fruta de todos los tiempos. Salen de vez en cuando al mercado otros tipos de hombre público: el chistoso, por ejemplo, ese del cuento andaluz y de la anécdota de Godoy ó de Fernando VII; y se le ensalza y se le glorifica; pero su reinado dura lo que las rosas: *l'espace d'un matin.....*

BAR...—(Á Manolo.) ¿Cuánto viene á ser en español? (Se supone que Manolo la contesta.)

MARQ..—Sale detrás el formidable, el que viene á hablar claro, á llamar las cosas por su nombre, y pillo al que lo sea, y todos gritan: ¡éste es nuestro hombre!,... A los pocos días todos le olvidan. Y lo mismo sucede con el sabio y con el orador á la romana..... con todos menos con el *serio*. Pasan las situaciones, caen los ministerios, derrúmbanse los tronos, y entre las revueltas ondas él es lo único que sobrenada en todos los naufragios.

CARL..—Sí, vamos: como esas latas vacías que quedan en la despensa del barco.

MARQ..—La comparación no es del todo exacta, porque te advierto que nuestro hombre puede ser, y yo he visto más de un caso, sujeto de mérito, no vacío como esas latas. Pero aun así, su inteligencia le habrá valido para subir; para sostenerse arriba habrá necesitado casi siempre su *seriedad*. (Entra un criado con taza y azucarero que coloca delante de Manolo.)

BAR...—Muy bien dicho. Y me parece, Carlos, que mi cuñado hace muy bien en aconsejar á usted que se vuelva hombre serio. ¡Ya va siendo hora!

CARL..—¿Lo dice usted eso..... en serio?

BAR...—Como todo..... Pero, Manolo, hijo, ¿qué potingue es ese que vas á tomar ahora?

MARQ..—¿Qué? ¿No habías tomado tú café?

MAN...—¡Café! ¡Yo, café!.... ¡Esté usted enfermo doce años para que al cabo de ellos le pregunten á uno si ha tomado café!

MARQ..—Bueno, no te sulfures, y sepamos qué es eso.

MAN...—(Todavía incomodado.) Esto es salvia.

CARL..—¿Y á qué viene tomar eso ahora?

BAR...—¡Echarse esos hierbajos al cuerpo! ¡Y con lo que tú has comido!

MAN...—Los sanos tenéis el derecho de ser todo lo ignorantes que os dé la gana. ¡Ay del que estudia en su propio dolor!.... Yo os explicaré por qué tomo salvia. Dice el doctor Zinmermann, de Berlín.....

BAR...—¡No! ¡Socorro, que nos va á dar otra conferencia como la de la mesa! Hablemos de otra cosa. (Al Marqués y á Carlos.) ¿Cómo va la elección? (Manolo hace signos de desdén, saca un frasquito, y de él vierte unas gotas en la taza.)

MARQ..—Como una seda. Pedro escribe en estos momentos las últimas cartas..... Por cierto que voy á firmarlas antes de que esto se llene de gente. Ahí os quedáis. (Se dirige hacia la puerta del fondo.)

BAR...—¡Ah, mira! Hazme el favor de enviarme á Pedro en cuanto no te haga falta, que tengo que darle un recado urgente.

MARQ..—Así lo haré. (Vase.)

ESCENA II

Dichos, menos el MARQUÉS

MAN...—Dime, ¿para qué quieres tú ser diputado?

CARL..—Si yo casi no quiero.

BAR...—Para acabar de fijar su actitud de hombre formal y de

peso. El diablo, harto de carne, se casó y se hizo político.

MAN...—Y como si nada hubiera pasado. Buenas las has hecho, Carlitos. Pero, dime, ¿todavía se acordaban de tí por esas tierras de tus mayores?

BAR...—Usted no ha vuelto por allá.....

CARL..—Desde hace más de quince años. Pero aquella gente no es ingrata, y mi apellido va unido en su memoria á la de muchos beneficios. Así es que, á pesar de la oposición oficial, no fué difícil abrir paso á mi candidatura. Lo demás lo ha hecho mi suegro.

BAR...—Futuro. Todavía no es más que futuro.

MAN...—No se lo agradezcas, ¿sabes? porque manipular una elección es para mi primo un placer de los dioses.

BAR...—No sabía yo que él tuviera por allí.....

CARL..—Tiene un gran amigo que manda en jefe sobre aquella comarca: hombre sesudo, nada alborotado, de pocas palabras.....

BAR...—Vamos, un hombre *serio*.

MAN...—Y, por lo tanto, cacique inamovible. (Mira su reloj.) ¿A qué hora serviréis el té, Pepa?

CARL..—¿Ya tienes hambre?

BAR...—A las doce y media ó la una.

MAN...—Pues á las once menos veinte tengo que tomar dos lonchas de jamón y una copa de Jerez, ¿sabes? El jamón es muy rico.....

BAR...—Ya lo creo; muy rico.

MAN...—Muy rico en glicero-fosfatos.

CARL..—¿En qué ha dicho? ¿Con que antes de las once....?

MAN...—Sí: Charcot me recomendaba siempre que comiera mucho, pero á menudo.

ESCENA III

Dichos, CARMEN y MARIA

(Salen las dos muchachas por la puerta lateral del saloncillo y se dirigen al tocador. Al atravesar la escena, Carmen, vestida con rico traje de baile, dice:)

CARM..—¡Esto es insufrible! ¡Esta falda acabará con mi paciencia y con mis nervios!

BAR...—¿Otra vez el vestido?

CARM..—¡Otra vez! (Entran en el tocador. Carmen se coloca delante de un espejo, y María (que viste, como es natural, de calle) se pone á manipular en la falda.)

CARL..—¿No ha estado usted en las máscaras, Pepa?

BAR...—No; no quise bajar, porque ya no puedo con el Carnaval. Por Dios, señores, urge inventar algo nuevo.

MAN...—(Aparte á Carlos.) Para quitarte los años. (En alta voz.) ¿De modo que no has visto la cesta de gallinas?

CARL..—Yo sí: iban muy bien.

MAN...—Pues yo era una de ellas.

BAR...—¿Tú?

MAN...—Si no sabe uno en qué dar.

CARL..—Y tú diste en gallina..... Por supuesto, que irías en clase de gallina clueca. (Siguen hablando bajo.)

MARÍA.—Creo que ahora quedará bien.

CARM..—Y si no que no quede. Con ponerme otro traje de los antiguos estamos al cabo de la calle. ¿No es una vergüenza que cuatro varas de tela tengan el derecho de poner á una de mal humor?

MARÍA.—Ya no se suelta; no tengas cuidado.

CARM..—Dios lo quiera..... Ahora, ya que hemos inspeccionado el salón, veamos si aquí falta algo..... Parece que no. (Repasando con la vista el gran lavabo y las mesitas accesorias, espejos, etc.) Ya sabes: sin perjuicio de que veas á tu gusto la concurrencia, y las salas, y todo, te das de vez en cuando una vuelta por aquí por si alguna de las señoras viene á remediarse alguna avería del traje ó del peinado. Esa Josefina está á media carrera todavía, y

no te digo nada de las otras. Así es que me vas á hacer el favor de vigilarlas: la alta inspección, como si dijéramos. De todos modos, estarán en el despacho por donde tienen que pasar las que vengan hacia acá.

MARÍA.—Puedes estar descuidada.

CARM..—No, hija, no puedo estarlo. Respecto de tí, bueno; pero esa tía Pepa no piensa en nada..... más que en picardías. Ya sabes que he tenido que ocuparme de todo..... Mira tú: con las flores que hay esta noche en casa, á nadie se le ha ocurrido poner unas aquí.

MARÍA.—Eso tiene fácil arreglo.

CARM..—Sí: tienes que traer una cestilla ó dos. De las últimas que han venido. ¿No se te olvidará? ¿Verdad, hija?

MARÍA.—Como que voy ahora mismo.

CARM..—Pues vamos. ¿Dónde puse yo el abanico?

MARÍA.—Toma.

CARM..—¡Ah! venga. Nada, que no me cabe un baile en la cabeza.

MARÍA.—Es que la tienes mejor ocupada con otra cosa.

CARM..—Eso es, eso. ¡Ay, hija mía! Dios te libre de enamorarte.

MARÍA.—(Entre graciosa y triste.) Así sea.

CARM..—Y eso que lo sé todo, y me parece muy bien. No sabes tú lo que vale Pedro. A todos nos había de gustar eso. Quiérele mucho, que lo merece. Por más que ésta no sea una razón para las mujeres.

MARÍA.—Pero ¿quién te ha dicho....?

CARM..—Nadie: ya hablaremos. (Sale del tocador al saloncillo. María vase por la puerta de enfrente.)

CARL..—(Al ver acercarse á Carmen.) ¡Qué lástima que se haya hecho cursi la frase! Ahora diría yo con toda razón: «Ya vuelve á salir el sol.»

CARM..—Y yo respondería: «No es el sol lo que sale, sino la luna que va buscándole.»

CARL..—Dime, luna. ¿No habrá manera de conseguir que fueras un poco menos hermosa? Siquiera por unas horas: por las que dure la fiesta de esta noche.

CARM..—¡No, por Dios! Esta noche quisiera yo ser la cifra de la hermosura, Venus en traje de sarao.

CARL..—Y ¿para qué?

Carm..—Por la fama de Don Juan. ¡Qué diría el mundo si la última hojita de laurel..... porque ésta (señalándose á sí misma) será la última, ¿no....? no fuera digna de las demás de la corona!

Carl..—¡Pobre Don Juan! ¡cuándo soñó en merecer!.... (María aparece por la misma puerta por donde salió, trayendo una cestilla de flores, que distribuye en jarrones y grupos, etc.)

Criado.—(Desde el fondo.) Señora Baronesa, empiezan á llegar los convidados. Ya suben por la escalera unas señoras.....

Carm..—¡Ay! vamos, vamos corriendo. (A Carlos.) ¿Vienes?

Carl..—¡Todos allá! (Reparando que Manolo no se levanta.) ¿Tú te quedas?

Man...—Iré en cuanto fume. (Las dos señoras se cogen del brazo de Carlos y salen por la puerta lateral.)

ESCENA IV

MARIA en el tocador; MANOLO

Man...—La costurera sensible está ahí..... Sola..... Y yo aquí, también solo. Yo, si bien neurasténico, no dejo de ser algo tunante cuando me pongo á ello..... De modo que estaba por ponerme á ello..... Lo malo es que esta chiquilla tiene sus..... sus *lirismos*..... Pero, en fin, nada se pierde con volver á enterarla de mi pasión. (Se dirige hacia la puerta del tocador.) ¿Qué hará?.... ¡Yo entro! (Al ir á levantar la *portière* para entrar, le detiene la voz de Carlos.)

ESCENA V

Dicho y CARLOS

Carl...—¡Chist! Oye, Manolo. ¿Qué se te ha perdido ahí? (Ya sabía yo que este muñeco.....)

Man...—(Viniendo al centro.) Y á tí ¿qué se te ha perdido?

Carl..—¿Has olvidado lo que te dije la otra noche?

Man...—Mira, Carlos: yo creo que á ti no te debe importar nada que yo entre ni salga, ni haga de mi capa un sayo, ¿sa-

bes? Yo soy un hombre libre y puedo hacer lo que quiera, ¿sabes? Al paso que tú..... no puedes hacerlo.

CARL..—Pero puedo romperte algo.

MAN...—Es mucho mejor que no me rompas nada y que ajustemos una paz honrosa..... ¿No crees tú que á mí me convendría un amor así, de estos fáciles y sin compromiso? Eso distrae una temporada..... ¿Cómo crees tú que me sentaría?

CARL..—Te diré. A tí ¿qué tal te sientan los puntapiés?

MAN...—¡Hombre, vaya una salida! (Retrocediendo algo inquieto.)

CARL..—Es que ese amor, *fácil y sin compromiso*, pudiera no serlo tanto como tú piensas..... Yo creo que lo que te sentaría mejor sería irte ahora al salón, dar unas vueltas de wals con una muchacha guapa y..... Así hacías la digestión y se te iban de la cabeza esos proyectos de conquista, que te pueden ser muy dañosos. Con que, anda, Manolillo (empujándole hacia la puerta), sé dócil y sigue mi consejo..... Ahí está la hija del General, que ya es sabido que no duerme pensando en tu cara y en tu talle..... Anda.

MAN...—Me voy; pero no creas que es por obedecerte, ¿sabes? Me voy..... porque quiero irme..... (Desde la puerta.) Y tú ¿por qué no vienes?

CARL..—(Sacando muy de prisa un cigarro.) En cuanto fume.

MAN...—(Este pillo me la paga á mí.) (Sale por la lateral.)

ESCENA VI

MARIA y CARLOS

CARL..—¡Majadero! (Entra en el tocador.)

MARÍA.—(Sorprendida.) ¡Don Carlos!.... ¿Qué quiere usted?

CARL..—Verla y saludarla. (Tendiéndole la mano.) Todavía no nos habíamos dado las buenas noches.

MARÍA.—Y..... ¿qué falta le hace á usted?....

CARL..—¿Usted piensa que son muchas las personas que yo tengo gusto en ver?.... Así y todo, hubiera aplazado la satisfacción de este deseo, si otro motivo no me hubiera impulsado á entrar aquí.

MARÍA.—¿Otro motivo?

CARL..—Sí, hija mía. Yo quiero guardar á usted y prevenirla para que se guarde. Hay quien ha visto al pájaro bonito posarse por aquí y le preparaba sus lazos. Pero no tema usted, porque el cazador se convirtió en cazado, y por ahora no hay peligro..... ¡Qué bien se está aquí! ¿Me permite usted que me siente un instante?

MARÍA.—¡Quién soy yo para impedírselo?

CARL..—¡Ah! pero ¿me lo impediría usted de buena gana? En ese caso.....

MARÍA.—¡No, Don Carlos, yo no!

CARL..—Bueno: pues siempre amigos, ¿no es eso? (Cogiéndola una mano entre las suyas y sentándose luego.) ¡Qué bien se está aquí!.... Esta pieza es muy linda. Nunca me había yo fijado..... Luego, este silencio..... ¡Cuánto más grato que el barullo de allá adentro!

MARÍA.—(¡Qué angustia!) Pero allí le echarán á usted de menos.

CARL..—No lo crea usted. ¡Pues apenas habrá allí títeres para hacer dar vueltas á las damas!

MARÍA.—Pero no todos sabrán entretenerlas..... Y además..... la gente es tan mal pensada..... Yo no sé cómo decirle.....

CARL..—¡Si ya lo entiendo! Pero usted y yo debemos estar á cubierto de toda murmuración. ¿No nos vamos á casar los dos..... es decir, cada cual con su cada cual? Y á propósito de esto: ¿cómo vamos de amores?

MARÍA.—Lo mismo..... Pedro parece quererme más cada día.

CARL..—¿Y usted?

MARÍA.—Cada día me parece que le quiero menos. ¿Por qué me sucede esto, si es tan bueno? Pero yo no sé qué le falta. Es celoso.....

CARL..—Porque quiere bien.

MARÍA.—Es brusco, es.....

CARL..—Usted, María, tiene una idea algo falsa del mundo. Las primeras bodas que hay que celebrar en la vida son con la realidad. Usted no sabe que hay que aceptar á las gentes como son y contentarse con que tengan algo bueno. Esto es duro para los seres privilegiados como usted; pero hay que resignarse.

MARÍA.—¡Por Dios, Don Carlos!

CARL..—Sí, señora. Su fina sensibilidad, su delicadeza de pensamiento, hasta su sér físico, tan hermoso y sano, están pidiendo otra manera de ser amados, otro género de adoración; pero ¿qué hacer, si no los tiene el mundo?

MARÍA.—¿Cómo voy yo á creer que es eso lo que....?

CARL..—Pues estudiándose un poco por dentro..... y mirándose otro poco al espejo. (Acercándose insinuante hacia ella.) ¿Usted se ha fijado bien en esos ojos?.... ¿Ha adivinado usted las cosas que allí hay..... unos como pajarillos, que duermen en ese fondo negro, negro..... y que están esperando á que salga el sol, un sol que ha de venir de otros ojos, para ponerse á cantarle y salir volando?

MARÍA.—(¡Dios mío!) (Al hacer un ligero movimiento cae de la mesa, en que se apoya, una sortija.)

CARL..—¿Qué cayó?.... Una sortija.

MARÍA.—Ah, la de Carmen. (Cogiéndola.) Se le perdió y no sabía en dónde. Voy á dársela. (Hace ademán de salir.)

CARL..—¿Tanto urge? Yo se la llevaré luego.

MARÍA.—Como usted quiera..... (Contempla la sortija.) Esta se la regaló usted.....

CARL..—En efecto: ésta es.....

MARÍA.—Al entregársela..... ¡qué cosas..... tan bien dichas la diría usted!

CARL..—Pshe, no recuerdo. Probablemente no diría nada. Se la llevaré, ¿no? (Pidiendo con el ademán el anillo, que María le entrega. Desde este momento supónese que sigue el diálogo, mostrando María en su actitud y fisonomía la situación de ánimo iniciada en lo que se ha oído.)

ESCENA VII

MARÍA y CARLOS en el tocador; PEDRO

(Claro es que Pedro no debe vestir de frac. Puede llevar traje de chaquet, bien cortado.)

PEDRO.—(Saliendo por el fondo.) Pues no está aquí. Sin duda ha entrado ya en el salón. Haré que la avisen..... (Se asoma al fondo, y después de un breve rato dice á uno que se supone que

pasa á lo lejos.) ¡Eh, Antonio! Dí á la señora Baronesa que estoy á sus órdenes y que espero aquí. (Vuelve al centro.) ¿Por dónde andará María? Dijo que vendría á estarse aquí durante el baile.....

CARL..—Pues ¿qué ha de pasar? Que se casará usted con Pedro, que será usted muy dichosa.....

PEDRO.—(Que se había quedado abstraído.) ¡Tengo celos!

ESCENA VIII

Dichos y la BARONESA

(Entra por la puerta lateral.)

PEDRO.—Señora Baronesa, muy buenas noches. Me ha dicho el señor Marqués que usted me llamaba.

BAR...—Sí. Deseo que mañana á primera hora se vea usted con Don Basilio, el agente. Es preciso que me venda unos títulos de Interior, lo que baste á comprar sesenta acciones del nuevo ferrocarril. No sé á cómo están; pero, en fin, quiero que las compre mañana mismo. Estará usted á la mira, y en cuanto sepa que Don Basilio ha vendido, véame usted para que le dé un resguardo de depósito que hará falta.

PEDRO.—Está muy bien.

BAR...—¿Se entera usted?

PEDRO.—Me parece que sí. Que vea al agente.....

BAR...—Sí, hijo, hay que tentar algún camino. Mi cuñado asegura que no se ha visto otro tren como ese, que en vez de humo echará por la chimenea oro en vapor..... No sé si después de tanto encomio, al fin descarrilaremos.

PEDRO.—La señora tiene quien la aconseje bien en todos los casos.

BAR...—Sería terrible para mí, porque mi gaveta no está ya para muchos descarrilamientos.

PEDRO.—Cuando el señor Marqués le ha dicho á usted.....

BAR...—Suele tener buen ojo; pero acuérdese usted de lo del lavado mecánico de mi pueblo. Verdad es que en aquel lavado no anduvieron manos muy limpias.

PEDRO.—La señora debe perder todo recelo. (Sale Carlos del tocador.)

CARL..—(Al verlos.) (¡Pepa aquí! ¡Mal encuentro!)

BAR...—¡Carlos! ¿De dónde bueno?

CARL..—Ya lo ve usted, del tocador.

BAR...—¿Qué? ¿Se le descompuso á usted el tocado?

CARL..—Bien pudiera ser. ¿Usted cree que los botones de un frac son como los políticos serios, que no caen nunca?

BAR...—Y ¿hubiera usted hallado quien le remediara?

MARÍA.—(¡Oh, es preciso! Que no me encuentre si vuelve.)

CARL..—Sí, por cierto; está dentro María. (Con aplomo. María atraviesa la escena, desapareciendo por la puerta lateral.)

PEDRO.—(Al verla.) ¡María! (Con ira y asombro.)

BAR...—¿Qué?

PEDRO.—Nada..... ¡Perdone usted, señora!

CARL..—Y á mí también. (En ademán de irse.) Me espera Carmen y..... ¿Se queda usted?

BAR...—Sí, señor.

CARL..—Pues hasta luego. (Vase por la lateral.)

ESCENA IX

Dichos, menos CARLOS

PEDRO.—Si la señora no tiene otra cosa que mandarme..... (En actitud de marcharse.)

BAR...—Nada más, Pedro..... Pero ya ve usted que el encargo no es tan urgente que..... que no nos quede un momento para hablar de cualquier otra cosa. (Sentándose.) Es decir, si usted no tiene algún otro quehacer..... Por más que á estas horas. ...

PEDRO.—El señor Marqués me espera.

BAR...—Yo le disculparé á usted. No hemos hablado más que de asuntos míos, y esto parece un poco egoísta..... ¡Ah! pero no esté usted de pie. ¡Qué distraída!.... Pues sí: al fin y al cabo cada uno tiene los suyos, y los de los buenos servidores siempre interesan á aquél á quien sirven. Y es muy justo que así suceda..... ¿no le parece?

PEDRO.—No comprendo qué quiere usted decirme. Hay en su tono.....

BAR...—Pedro, usted no hace bien en no enterar de sus cosas á las personas que pudieran darle un buen consejo..... Vamos, seré más clara. Usted está enamorado..... y yo le alabo el gusto; pero no le alabo igualmente su condición de confiado.....

PEDRO.—¡Señora!

BAR...—¡Oh! no es que yo tenga nada malo que decir de la persona en quien usted ha puesto su afecto: Dios me libre, hijo, Dios me libre. Yo creo que, hasta ahora al menos, es digna de él; pero Dios le libre á usted también de que una mujer vea halagada su vanidad á todas horas..... Y además, que no somos de bronce para las palabras tiernas y las atenciones..... No, Pedro, no lo somos. ¡Cuando yo se lo digo á usted!....

PEDRO.—¡Por Dios, señora Baronesa, dígame usted lo que sabe!

BAR...—Si yo no sé más que eso.

PEDRO.—¿Cuál?

BAR...—Que las mujeres somos débiles..... Y que el hombre ha de ser fuerte. Cuando fije su anhelo en una cosa, ha de perseguirla hasta el fin, sin que le detenga nada *ni nadie, por muy alto que esté.* (Con intención.)

MARÍA.—(Apareciendo en la puerta lateral.) (Ya no hay peligro. (Con tristeza.) Está muy bien entretenido.) (Se dirige al tocador. Pedro y la Baronesa la miran pasar en silencio.) (¿Por qué me mira así esta mujer?) (Entra en el tocador.)

PEDRO.—¡Nadie! ¡Así ha de ser el hombre!

BAR...—Ay, pero quizá le estoy dando un mal rato..... (Levantándose.)

PEDRO.—No, señora. Le aseguro que agradezco.....

BAR...—Pues nada, Pedro. Vigile usted y nada tema, que en causa tan justa no ha de faltar quien le ampare.

PEDRO.—¡Oh, muchas gracias!

BAR...—(Dirigiéndose á la puerta lateral.) (Esta mina ya está cargada. Vamos á preparar la otra, y muy mala suerte he de tener para que alguna de ellas no estalle.) (Sale.)

ESCENA X

MARIA, PEDRO y MANOLO

PEDRO.—Tiene razón, ¡nada ni nadie!.... Pero ¿y el respeto que debo á esta casa?.... ¡Oh, yo la hablaré al alma! (Se dirige al tocador, y al ver á Manolo que entra en la escena, se detiene.)

MAN...—(¡Anda! Otro..... El secretario de mi primo. ¿Qué tal la niña, eh?.... ¡Qué ojos me echa! Este debe ser de los que pegan.)

PEDRO.—(Entremos.) (Entra.)

MAN...—¡Pero esto es un escándalo!.... Yo se lo voy á contar á las primas. (Vase por donde vino.)

ESCENA XI

MARIA y PEDRO

(Al ruido que hace Pedro entrando en el tocador, María, que estaba abstraída y de espaldas á la puerta, se estremece.)

MARÍA.—¡Jesús!.... ¡Me has asustado!

PEDRO.—Siempre sucede lo mismo: siempre que llego te asusto. Parezco un remordimiento.

MARÍA.—¿Por qué me dices eso?

PEDRO.—Antes respóndeme tú á mí. ¿A qué entró aquí ese hombre?

MARÍA.—¿Quién?

PEDRO.—*El*. No hay más que uno de quien podamos hablar.

MARÍA.—De quien pueda hablar tu manía..... Pues bien. ¿Debo yo pedirle cuenta de sus entradas? ¿Es mía esta casa?

PEDRO.—¡Por Cristo vivo que me lo digas! ¿A qué entró aquí ese hombre? (Amenazante.)

MARÍA.—A..... á buscar una sortija que Carmen había dejado olvidada.

PEDRO.—(Después de una ligera pausa.) Sí. ¿Por qué no ha de ser eso cierto? ¿No digo yo siempre la verdad? Pues ¿por

qué no han de decirla los otros?.... Y sin embargo, la verdad es una cosa que parece como que perfuma el lugar donde se dice. Se siente un bienestar..... ¡Y yo no le siento ahora!

MARÍA.—Pues qué, ¿yo miento?

PEDRO.—Quizá no; quizá no te mientes más que á tí misma. Por eso es preciso que yo te desengañe, que yo te salve..... (Pausa corta.) María, yo sé que tú eres buena; pero también sé que ese hombre no lo es.

MARÍA.—¿Qué tengo que ver con él?.... ¿Por qué no es bueno? ¿Tú crees que se puede decir eso en esta casa, que se puede hablar así de quien va á ser señor en ella, en esta casa á la cual debemos tú y yo lo que somos, el pan que comemos?

PEDRO.—Es verdad..... Pero ¡qué elocuencia! Ni á tí misma te defiendes con tanto calor..... Repito que ese hombre no es bueno; ¡las cosas por su nombre! Irá quizás á serlo; será ya mejor desde que entró por esas puertas honradas; pero yo te quiero poner lejos de él. Alejémonos juntos: ya sabes lo que con alma y vida te he ofrecido. ¿Qué dices en definitiva? ¿Qué piensas?

MARÍA.—¡Si no sé yo misma lo que pienso! Si pudieras ver mi alma, puede que no me amaras; pero ¡cómo me compadecerías!

PEDRO.—¡María, tú quieres á ese hombre!

MARÍA.—¡Oh, calla! ¡Al que va á ser marido de Carmen! ¿Tú no sabes que es el amante de Carmen?

PEDRO.—¡Triste de mí! No pensaba oirte eso por respuesta. Pensé que me dirías: ¿no sabes que te he dado mi palabra, que tienes mi cariño?.... ¡Lo dije sin creerlo, y era cierto!

MARÍA.—¡Y eso contesto, eso! ¡Soy tuya, seré tu mujer!

PEDRO.—(Con fiereza.) ¡No quiero!

MARÍA.—(Aturdida.) ¿Cómo? ¿Me insultas? ¿Me desprecias?

PEDRO.—(Transición. Violenta lucha de afectos.) ¡No! ¡Perdóname!.... ¡María, mira el hombre duro! (Arrodillándose.) ¡No me mates, María! ¡O no me matéis vosotras, ideas malditas que me golpeáis la frente!.... Tú ó ellas, cualquiera que sea, hundidme de una vez en el fondo; pero de

modo que no pueda volver á sacar la cabeza y á ver luz y respirar aire!.... (Sale Carlos y se dirige al tocador.)

MARÍA.—¡Sal, Pedro! ¡Me has insultado!

PEDRO.—(Levantándose.) ¡Perdón, María!

ESCENA XII

Dichos y CARLOS

CARL..—(Entrando en el tocador con un *bouquet* en la mano.) ¡Ah! Hay visita..... (A María.) Que sea enhorabuena.

PEDRO.—(Con ira.) ¿Para quién son esas flores?

CARL..—(Después de contener un movimiento de ira.) Todas para María..... á no ser que quiera usted alguna para su ojal.

MARÍA.—¡Por Dios, Don Carlos!

PEDRO.—¡Esa burla!.... (Se acerca á él amenazante.) Señor mío, usted sabrá vencer en estas luchas de salón y de galantería; pero hay otras en que los hombres se ven cara á cara..... (Avivando demasiado sus ademanes.)

CARL..—(Cogiéndole por un brazo con tal fuerza que casi le obliga á arrodillarse.) ¡Yo venzo en todas, desdichado!.... (Soltándole.) ¿A qué viene eso? A nadie le conviene menos que á usted dar un escándalo en este sitio.

MARÍA.—¡Pero tengan piedad de mí! ¡Si se enteran fuera!....

CARL..—Nada tema usted, hija mía. Aquí nada ha pasado ni pasa.

PEDRO.—¡Será fuera!

CARL..—No: tampoco fuera pasará nada. El arranque de este joven es muy natural y yo se le disculpo: yo también estaría celoso. (Con galantería.)

PEDRO.—¡No quiero componendas ni frases suaves!....

CARL..—Y puesto que estas flores fueron la causa del disgusto, quédense aquí las flores. (Las deja sobre una mesa.) María no las acepta á costa de una pesadumbre de usted.

MARÍA.—¡Basta, basta ya de suplicio! (Sale y atraviesa el saloncillo, desapareciendo por la puerta lateral.)

ESCENA XIII

CARLOS y PEDRO. la BARONESA y MANOLO

PEDRO —Caballero, yo no entiendo si eso es favor ó es burla. Yo no sé pasar de ese modo de la furia á la calma..... Ni sé qué se hace ahora..... Pero no olvide usted que otra vez no me contendrá ni el sitio ni nada.

CARL..—(Con delicadísima sorna y haciéndole un correcto saludo.) No lo olvidaré. (Levanta la portière para que pase Pedro y sale él detrás. Momentos antes han asomado á la puerta lateral la Baronesa y Manolo, del brazo.)

MAN...—(A la Baronesa, al ver salir á Pedro del tocador.) ¿Lo ves? Uno. (Al ver salir á Carlos.) Dos..... Bueno, ahora no son más que dos; pero..... (Pedro sale por el fondo. Carlos queda en la escena.)

BAR...—(A Manolo.) ¿No te parece que debo ya intervenir en esto? (Este infeliz me ahorra la mitad del camino.)

MAN...—Pues ¿qué ha de hacer? ¡Ya lo creo! ¡El honor de la casa lo exige así!

BAR...—(A Carlos.) ¡Qué afición le ha tomado usted á estos sitios!

CARL..—(Con intención.) Mucha. Tres veces nos hemos ya encontrado aquí en el espacio de media hora.

BAR...—(A Manolo, pero con intención de que lo oiga Carlos, y mirando á éste de reojo.) Tú eres testigo de que he llevado mi tolerancia hasta el último límite. ¿No es así?

MAN...—Así es.

BAR...—Nadie podrá decir con fundamento que me he precipitado. ¿No es verdad?

MAN...—Nadie podrá decirlo.

CARL..—(¿Qué traen aquí estos necios?)

MAN...—(¡Yo te daré conquistas!)

BAR...—Pues manos á la obra. (Se asoma al tocador, y al ver que no está María en él, vuelve á salir.) ¡Ah! la pícara ha querido preparar la coartada..... Pero no le sirve. (Entra en el y vase por la puerta lateral.)

CARL..—¿Qué es lo que no le sirve?.... ¡Quién es la pícara?

(Llamando.) ¡Pepa!.... (A Manolo.) Dí tú, ¿qué es esto? Tú andas en ello. ¿Qué bribonada se prepara aquí?

MAN...—Yo nada sé. ¿A mí qué me preguntas? (¡Ah, Don Juan! *¡Traición es, mas como mía!)*

ESCENA XIV

Dichos y MARIA

BAR...—(Saliendo con María por la puerta lateral.) Esto se arregla sin voces ni escándalo. Usted coge su mantilla y se va, porque no es digna de estar en esta casa. (Ahora se pierde mi hombre.)

CARL..—¿Eh? ¿Qué dice?

MARÍA.—(En el colmo del asombro, y después de mirar con ojos extraviados á todas partes, se acerca á Carlos.) Pero ¿qué ha dicho esa mujer?

BAR...—¡Y todavía se va á él!

MAN...—(Con acento ridículamente dramático.) ¡Qué horror!

BAR...—(A María.) ¡Salga usted!

MARÍA.—¿Yo?.... ¿Qué salga yo?

BAR...—Soy quien manda en esta casa.

CARL..—¡No es verdad! Los infames no mandan en ninguna parte. (Se dirige hacia la puerta lateral, llamando:) ¡Carmen!.... ¡Carmen! ¡Marqués! (Desaparece por un momento.)

MARÍA.—¿Pero yo qué he hecho?

BAR...—¡Ah, el escándalo! ¿Le quieren? ¡Pues sea!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y CARMEN

CARL..—(A Carmen, saliendo con ella por la lateral.) ¡Tú no puedes consentir que se consume esta obra de iniquidad! Oye lo que dice Pepa. ¡Oye, oye á quién se lo dice!

MARÍA.—¡Carmen, hermana mía! ¡Me arrojan de tu casa!

CARM.—(A la Baronesa.) ¡Al fin la hiciste!

BAR...—Sobrina, siento tener que recordarte que esta noche mando yo aquí.

CARM..—¡No saldrá!.... ¡Nunca, viviendo yo!

MARÍA.—Sí, Carmen, saldré. ¡Ya no me importa, sabiendo que tú no lo quieres! (Se dirige al fondo.)

CARL..—¡Sola! ¡A estas horas! ¡No! ¡En mi coche, y hasta el coche, de mi brazo! (La coge del brazo. María se resiste, pero él no cede y se la lleva por la puerta del fondo.)

CARM..—¡Si no puede ser! Esta casa es de mi padre. ¡Papá! ¡Papá! (Desde la puerta lateral.)

BAR...—Pero ¿no ves que va con ella? Y ¿qué significa eso?

CARM..—¿Eso? ¡Pues otra nobleza de su alma!

TELÓN RAPIDO

ACTO TERCERO

Salita muy modesta en la casa en que vive María. Puerta al fondo y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA

CARLOS y MANOLO

(Por el fondo. Carlos trae cogido de una oreja á Manolo.)

CARL..—¡Ah, tunante! ¡Ya te creías libre de mí!.... Claro, tu dijiste: ahora que estará despechada, y sola y triste, le brindo mi protección, y cosa hecha..... ¡No contabas con que yo estoy en todas partes!

MAN...—Sí: en todas aquéllas donde no debías estar. (Sentándose con coraje cómico y señalando imperiosamente á Carlos otra silla.) Vamos á ver. ¿Quién te ha dado las señas de esta casa? Explícame ahora mismo tu presencia en ella..... ¡Qué bárbaro! ¡Cómo me ha puesto la oreja!.... Eso es: ahora, con este desorden en la circulación periférica, que venga un reflejismo cerebral y.....

CARL..—(Asomándose á la derecha.) (No se siente á nadie.)

MAN...—¿A qué vienes tu aquí? Yo soy quien debe pedir cuentas, ¿sabes?

CARL..—Si no callas y te marchas inmediatamente.....

MAN...—(Después de haberse levantado con susto.) Sí, señor: quien debe pedir cuentas en nombre de una honrada familia.

CARL..—(Amenazante.) ¡Manolo! (Cambiando luego de tono.) ¡Anda, monín, vete!

MAN...—¡No me voy! Los neurópatas tenemos á veces estos arranques. Me vuelvo á sentar..... Y ahora, vamos á analizar despacio la situación. ¿Qué viene usted á bus-

car en esta casa? (Carlos, mientras habla Manolo, recorre con el paso y con la vista la habitación como enterándose de todos sus detalles.) Tú nos has querido dar la castaña..... A mí no me la has dado, ¿sabes?.... De que esta niña te interesaba..... desinteresadamente. Sentías por ella un purísimo afecto de compasión, de piedad, de.....

Carl...—(¡Pobre muchacha! ¡Qué modestamente vive!)

Man...—Y nada de eso era verdad. ¿Me atiendes ó no? Lo que tú has hecho es enamorarla por otros caminos distintos de los usuales; mejor dicho, te has dignado consentir que se enamorase de tí. El procedimiento está visto: irse acercando á la paloma sin que lo sienta, y cuando ya no tiene sitio en que moverse..... ¡la zarpada!

Carl...—(Que se había quedado algo abstraído.) Pero ¿qué tonterías estás ahí ensartando?

Man...—¿Tonterías, eh? Ya ves que te he cogido el juego. Ahora bien: como todos los pillos tenéis suerte, ¿sabes? tú has tenido la de que mi prima..... ¡pobre prima!....

Carl...—¡Manolo!

Man...—Sí, señor, ¡pobre prima!.... Has tenido la suerte, digo, de que ella no se entere, de que siga creyendo en ese desinterés tuyo. *Pero ¡ah!* como diría tu suegro. Después del escándalo de anoche, ¿cómo podrá dudar? Aunque ella parecía conservar aún la venda sobre los ojos, ¿crees tú que á estas horas, cuando haya reflexionado sobre aquella escena, no habrá visto claro?.... La verdad es que la escena fué de novela. De novela con grabados, ¿sabes? Un caballero famoso que, en medio de una fiesta en una casa principal, ofrece su brazo y su espada á una mujer ofendida, y la saca de allí como de un castillo encantado, rompiendo por entre los malsines que la cercan..... Lo peor es que esta infeliz..... ¿Quién convence ahora á las gentes de que....? ¡Ah, Don Juan! ¡La pobre niña se sentó junto á tí, y tu sombra es como la del manzanillo!

Carl...—(¿No habrá manera de que se marche este necio? Se está valiendo de que aquí no se puede alborotar.....) Manolo, ya me conoces, ¿no es verdad? Pues bien: opino que debes marcharte.

MAN...—No, señor..... (¡Ah, qué idea!) Sí, señor; pues sí que me marcho. (Llego á casa del Marqués: «Primo, le digo, creo que estáis en el deber de ir á consolar á la huérfana, á resarcirla del disgusto de anoche.....» Y el primo viene, y se encuentra aquí con éste, y..... Pero ¡qué idea, Señor! ¡Luego dirán que estoy desequilibrado!) Adiós, Carlos: me vences como siempre. Ya me voy, ¿sabes? Me voy á que me devore el despecho, la rabia, todas las fieras juntas. *¡Ave, Cœsar, morituri te salutant!* (Sale por el fondo.)

ESCENA II

CARLOS y MARIA

MARÍA.—(Saliendo por la derecha.) ¿Usted aquí?.... ¡No, eso no! Don Carlos, usted es un caballero, el más noble de los caballeros, y no es posible que desatienda el ruego de una mujer.

CARL..—Niña, cálmese usted y no demos importancia á lo que no la tiene. Usted es algo inclinada á eso, á ver en todo el drama. ¡Si la vida, hija mía, es un sainete, nada más que un sainete, que si alguna vez hace llorar, es de puro mal representado!

MARÍA.—Pues á veces parece una tragedia.

CARL..—¿Porque haya salido un traidor á la escena? Ya verá usted lo que se ríe el público al ver que el puñal no pincha.

MARÍA.—Pero, en fin, yo no debo tolerar..... es decir..... Su presencia aquí..... ¡Oh! no es que no me sea grata; pero usted comprende..... Por mucho que cueste creerlo, ya no se puede dudar de que hay personas que gozan en el mal. Don Carlos, no les demos pretexto para que nos le hagan.

CARL..—Me parece que vale la pena de que nos sentemos..... (Al ver que María da nuevas muestras de impaciencia.) ¿No? Pues no nos sentamos..... Iba á decir que desde anoche todo es anormal en nuestras relaciones de amistad. Mi

presencia en esta casa no es quizás conveniente, no es correcta; pero, María, ¿qué hombre de corazón antepone una ridícula conveniencia social á..... á una cosa del alma? Yo necesitaba decir á usted: «María, yo he causado un mal: inconscientemente, eso sí, pero al fin le he causado.»

María.—No, no por cierto.

Carl..—Necesitaba decirla: «¿Qué puedo hacer para remediarle?....» (¡Su nobleza me salve!)

María.—¿Qué?.... ¿Qué quiere usted decir con eso? Yo no entiendo..... Yo no quiero entender. ¿Qué es lo que hay que remediar? ¿Con qué iba usted á remediarlo? ¿Qué iba yo á pedir á usted? ¿Qué iba yo á aceptar de usted?

Carl..—Yo estoy dispuesto á todo. (¡Ya lo sabía yo!) Ya entenderá usted lo que un hombre de honor quiere decir con esto.

María.—No lo sé..... No lo sé; pero si es algo que en su nobleza me atrevo á presumir..... No, no ha querido decir eso..... Pero si lo ha querido decir, yo no sabría contestar más que esto: «¡Antes morirme mil veces que consentir en.....»

Carl..—¡María! (¡Pobrecilla!)

María.—¡Oh, un solo favor! Si algo me debe usted, con eso paga. Un solo favor: que se aleje usted.

Carl..—Veo que me guarda usted cierto rencor. Quizá tiene razón.

María.—¿Yo rencor?

Carl..—No atiende uno más que al primer impulso, y hay que saber más que esto: hay que pensar en las malditas conveniencias. Ya se ve: yo tengo la mala costumbre de no acordarme nunca de los necios..... Y ello es forzoso, porque los necios llenan el mundo.

María.—¿Yo rencor? Cuanto agradecimiento cabe en un corazón, lo llevo yo en el mío. Con ser tanto lo que he sufrido, no he llegado á olvidarme de la generosidad de usted. Y ya usted sabe que el dolor suele ser desagradecido.

Carl..—No, no tengo disculpa: hice mal, muy mal. Pero conste que he ofrecido.....

María.—¡Don Carlos, no lo repita usted!.... Y siga usted siendo

generoso. Más que lo de anoche le he de agradecer lo de hoy: que se marche usted..... ahora mismo.

CARL..—*Ahora mismo*..... ¡Qué dura es la frase!

MARIA.—Perdóneme usted: quise decir.....

CARL..—*Ahora mismo* se hace salir al que nos ha ofendido gravemente; al mendigo que paga con una insolencia la limosna recibida. *Ahora mismo* se despide.....

MARÍA.—Por Dios, si es que.....

CARL..—Al criado de quien se acaba de saber que nos roba.....

MARÍA.—¡Perdón! ¿Cómo he de poder yo ahora medir mis frases? ¡Por Dios, Don Carlos! En momentos como éste, ¿qué sabe el pensamiento dónde andan las palabras, para coger la mejor?.... Pero es preciso que yo se lo repita, aun exponiéndome á la desdicha mayor: á que usted se enoje. Tengo que repetírselo..... ¡Márchese usted!

CARL..—Pero antes.....

MARÍA.—Antes nada..... ¿No se va usted? Pues yo no puedo prolongar más esta lucha..... Pero ¿por qué me ha de negar usted lo que le pido?.... Usted reflexionará, usted se apiadará de mí. Y si no, que sea lo que Dios quiera: yo no puedo más. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

CARLOS, solo.

Me da lástima..... Pero tiene razón. ¿Qué hago yo aquí?.... Y *allí*, ¿qué habrá pasado? ¿Tendrá razón Manolo?.... Carmen parecía serena, confiada como siempre, amparando generosa y noble á María. Pero ¿qué semillas venenosas no habrá tratado de arrojar desde entonces la Baronesa en aquella alma, tranquila como un lago? (Pausa.) Por lo demás, esta aventura parece terminada..... Porque ahora caigo en que esto ha sido una aventura. Sí señor que lo ha sido: aunque de un género enteramente nuevo. Es un placer que no había gustado nunca: ver rendido á nuestro albedrío un corazón de niña..... mirar cómo despierta, gracioso y

alegre como los niños por la mañana..... sentir su aleteo, como el de un pájaro que uno tuviera en la mano..... Y no pasar de ahí, por no romper el encanto. Dejarse querer mansamente. Pero entendámonos: yo no me había propuesto nada de eso. Estimaba á esta niña porque lo merece. Quería hacerla bien: comprendía su inexperiencia..... ¿He tratado yo de enamorarla? Pienso que no..... ¿Será que yo no puedo hacer el bien, aunque me lo proponga?.... Hombre, no: esto sería muy triste..... ¡Quién sabe! Anduve tantos días en el mal, y aprendí tan pronto á no estimar á las mujeres..... Llega uno á ser maestro en rendirlas, sí: tan maestro, que las rinde hasta cuando no quiere hacerlo..... ¿Será cierto que del hombre sensual se exhala como un veneno que las aduerme y las postra? ¡Pobre María!.... Esa Pepa es muy mala. ¡Cómo la ha ofendido! Es peor que yo. Sí, no cabe duda: como sería mejor si los dos fuéramos buenos. ¡Las señoras siempre delante!.... Pepa me quiso mucho: me quiso con el amor rabioso de los cuarenta años..... Pero ¿quién iba á pensar que le duraría tanto?.... Anda empeñada en desbaratar mi casamiento. ¡Qué inocentada!.... (Pausa corta.) ¿Qué hará María?.... Ahora sí que me voy.

ESCENA IV

CARMEN, la BARONESA y CARLOS

CARM..—(Entrando con su tía por el fondo.) No hay remedio, Pepa; si no, reñimos. No hay más remedio.

BAR...—Bueno, mujer: si ya me has convencido. La prueba es que he accedido á acompañarte.

CARL..—(¡Ellas! ¡Válgame mi aplomo!) ¡Señoras mías!

(Al ver á Carlos, Carmen revela una gran emoción; la Baronesa una satánica alegría.)

BAR...—(¡Qué gusto! ¡Está aquí!.... ¡Esto es más que lo que yo podía soñar!) ¡No sabe usted la satisfacción que siento al encontrarle!

CARL..—(Con intención.) Sí que la sé.

CARM..—(¡Era verdad! Dios mío, ¡que no lo sea! ¡que no sea verdad!)

BAR...—Y eso que no he olvidado lo de «infame.....» Ya sé, ya sé que fué por hacer más teatral la situación.

(Carmen vacila, abrumada por su dolor; cae luego sobre una silla, y rompe á llorar.)

CARL..—Pero ¿qué tienes, Carmen?

CARM..—¡No puedo, no puedo contenerme!.... ¡Dejadme que llore!

CARL..—Pero ¿por qué?

BAR...—(¡Al fin!)

CARM..—(Acercándose á Carlos.) ¡Carlos!.... ¡No, tú no! (Se aleja de él, va hacia la Baronesa y luego retrocede.) ¡No, á tí menos! ¡A tí no, aunque sea la que tiene razón!.... Dejadme, dejadme sola..... y perdonadme. ¡Siento una amargura!.... ¡Ay, es que ha llegado el primer dolor de mi vida! Ha llegado y no estaba preparada..... Nadie me había..... enseñado á sufrir..... Todo era flores..... bien lo sabéis vosotros.....

CARL..—¡Carmen!

CARM..—Así es que ya no sabía..... ni llorar, ¡lo que sabe todo el mundo! Ya veis, ya veis lo que han tardado en subir las lágrimas..... ¡Confiaba yo en mi suerte..... casi como en Dios!.... Y lo mismo en las gentes.....

CARL..—¿Y ahora no? Vamos, cálmate. ¿Qué puede afligir á quien es amada como tú?

CARM..—Pero ¿lo soy de veras? ¡Sí, sí que lo soy! No, si yo he de recobrar mi serenidad. (Con locuacidad y atropellamiento nerviosos.) Claro está que cuando no me he muerto al sentir lo que he sentido, es que voy hacia la salud, hacia la vida. Esto es como un golpe en la cabeza, ¿no es verdad? (De pronto cambia de tono. A Carlos.) Pero ¿qué hacías tú aquí? ¡De modo que es cierto todo lo que esa me decía!.... ¡Sí, Pepa, sí: tenías razón! Ella es una infame, y él..... ¡No: él no es otro infame! En eso no tienes razón. Por más que..... si él no hubiera.....

CARL..—(En voz baja.) ¡Vida mía! (Alto.) Vamos, no llores más. Todo eso ha de valer para afianzar más el cariño en tu alma. Tu pasión, créeme á mí, necesitaba esta prueba

para salir luego tan firme que nada sea capaz de destruirla.

CARM..—(Ya algo abatida y entre amorosa y desconfiada.) ¡Carlos!

CARL..—(Cogiéndole una mano.) Si yo te lo he de explicar todo de tal manera.....

BAR...—(Y ella le creerá.)

CARM..—¡Sí, por Dios! ¡Explícamelo, explícamelo pronto!

BAR...—(¿Y no he de poder yo separar esas manos?)

CARL..—Apelo para ello á tu grandeza de alma. Para los ruínes de pensamiento (mirando á la Baronesa) no tendría sentido lo que voy á decir..... ¡Ya sabes lo que sucedió! La señora Baronesa, llevada de su celo por el decoro de la casa, de su rectísimo sentido moral (con sorna), creyó ver lo que no había y se cometió un verdadero atropello, que yo en tu nombre traté de evitar. Pues bien: hoy me he permitido seguir obrando en tu nombre. Y he venido aquí á anticipar á tu pobre amiga tus consuelos, á asegurarla que tú sigues estimándola.....

CARM..—¡Eso venía yo á decirla! Y mira.....

CARL..—Pues yo, por si no podías venir hoy, quise llevarte á la tarde noticias suyas; decirte que la había visto, que la había hablado..... Pero tú estás todavía turbada; tu cara me revela que aún puede en tí la tentación del diablo. (Mirando á la Baronesa.) Ya sabes quién es el diablo.

BAR...—Yo.

CARL..—Eso es. A veces se presenta bajo las formas más seductoras: vestido con cada *confección* de París.....

CARM..—Tienes razón, Carlos: ¡esa, esa es el diablo!

CARL..—Has de recordar que tú y yo nos regimos en estas cosas del alma por unas leyes especiales..... por unas leyes en cuya redacción no se tuvo en cuenta para nada la torpe suspicacia del vulgo, el mal pensar de.....

BAR...—De las viudas elegantes.

CARM..—¡Carlos!.... ¡Carlos! Yo necesito creerte. ¿Qué va á ser de mí si no te creo?

BAR...—Mira, sobrina: cuando una vez se hace la luz.....

CARM..—¡Mira, Pepa: no te pido opinión sobre nada!

CARL..—¿Va á estar nuestro cariño á merced del primer viento de sospecha que pase silbando? No: á los afectos sin-

ceros y hondos, como el nuestro, no les han de turbar esas pequeñeces.

CARM..—(Levantándose otra vez inquieta.) Pues bien: si es cierto todo eso que me dices, ¿por qué no viene María? ¿Dónde está?.... Yo conozco esta casa, y sé que en cualquier sitio de ella que esté tiene que habernos oído. ¿Por qué no sale?

BAR...—Fácil es adivinarlo. Porque no se atreve.

CARM..—¡No puede ser por otra cosa!

CARL..—¿Otra vez, Carmen?

CARM..—¡Sí, Carlos: otra vez! ¡Otra vez me acomete el mal de los celos! ¡Y cómo se sufre! ¡Oh, la infame!

BAR...—¡Despierta de una vez!

CARL..—(Acercándose con disimulo á la Baronesa y en voz baja.) ¡Piensa que más daño te puedo yo hacer á tí!

BAR...—(Idem.) Ya lo he pensado.

CARM..—¡La infame! ¡Y yo que venía á tenderla los brazos!.... Pero ¿dónde se mete? (Yendo de una parte á otra.) ¡María! ¡María!.... ¡Ya vuelvo á dudar de todo!

ESCENA V

Dichos y MARÍA

MARÍA.—(Desde dentro.) ¡La voz de Carmen! (Saliendo por la derecha.) ¡Gracias, Dios mío! (Va á arrojarse en los brazos de Carmen; pero ésta, en vez de abrírselos, la coge violentamente de una mano y la lleva á un lado de la escena.)

CARM..—¡La voz de Carmen, sí; la voz de Carmen que suena para maldecirte! ¡Ven acá!

MARÍA.—(Con súbita resolución y calma.) ¡Ah! ¿no vienes á consolarme? ¿Tú también me insultas?....

CARM..—¡Qué mal empleado el cariño que te dí! ¿Cómo iba yo á pensar que te atreverías á tanto, á robarme lo más sagrado?

MARÍA.—¡Carmen, por la memoria de tu madre, no me insultes!....

CARL..—Carmen, esto es indigno de tí.

CARM..—Ahora veo que no fuiste capaz de apreciar mi nobleza.

MARÍA.—¿Qué?

CARM..—¡No! ¡Ni la suya tampoco! Porque tú, ¿qué has creído? ¡Si no es lo que te figuras! ¡Si quien puso los ojos en mí no pudo pararlos en otro lugar, ni aun para descansar de mirarme!

CARL..—(En voz baja á Carmen.) Pues si lo sabes.....

CARM..—Pero eso no disminuye tu vileza.

MARÍA.—¡Señor! ¿qué hice yo para que así venga sobre mí tu cólera?

CARL..—Vuelve de una vez en tu juicio. Esto es, ante todo, ridículo; lo peor que puede ser una situación. Bien se le conoce á este disgusto su origen bastardo: el haber nacido de una calumnia. Reflexiona, vuelve en tí. Tantos años de fidelidad constante, de tan puro cariño fraternal, ¿no son bastantes para abonar á esta infeliz?

CARM..—¡Carlos, no la defiendas!

CARL..—Pues ¿quién va á hacerlo si no? Mira en tu derredor, mira más allá..... ¿Conoces otro que pueda defenderla?

CARM..—¡Dios mío! ¡Qué dichosa era yo cuando creía en todos!

CARL..—Como volverás á serlo mañana. ¡No! esta misma tarde: en cuanto reposes, en cuanto el descanso y la reflexión te vuelvan á tu sér noble y confiado.

BAR...—(¿A que se arregla todo?)

MARÍA.—Carmen, yo te perdono el haber dudado de mí.

CARM..—¡Oh! Despacio, que todavía no sé si merezco ese perdón.

MARÍA.—Pues yo te le pediré á tí en ese caso. Entre nosotras necesita ahora haber eso: perdón, calor del alma..... no sé..... cariño como antes. Tanto me da que la corriente venga de tí á mí como que vaya al contrario. Tratándose de tí, ni tengo orgullo ni me siento herida: no quiero más que quererte.

CARL..—¿Qué más necesitarías, aun siendo real la ofensa, para abrirla los brazos?

CARM..—Ahora no..... Esperemos esa calma de que me hablas.

MARÍA.—No; si tú no has de volver á verme. Yo voy á seguir queriéndote hasta que me muera, pero no consentiré que me veas. Así me perdonarás mejor eso que has imaginado..... no eres tú quien lo ha imaginado..... y hasta volverás á recordarme con cariño. De otro modo ¡quién sabe!

CARM..—No, María: eso no.

MARÍA.—¡Eso sí! Don Carlos, usted me va á prometer por su honor no hablar nunca á Carmen de este incidente.....

CARL..—Yo lo prometo. (A Carmen.) Y ahora á casa. Estás pálida, temblorosa; esa tensión de espíritu no debe prolongarse.

MARÍA.—(¡Qué bien la quiere!)

BAR...—Sí, vámonos.

CARM..—(A María friamente.) María, adiós. No dudo de tí.

MARÍA.—(¡Oh! ¡Sí, duda!)

CARL..—(A María.) Ya sabe usted que soy su amigo.....

MARÍA.—(En voz baja y dejando traslucir su pasión por Carlos.) ¡Hasta nunca!

(Salen los tres por el fondo. María queda abismada.)

ESCENA VI

MARIA, luego PEDRO

MARÍA.—¡Qué grande es el corazón! ¡Las penas que en él caben!.... Pero yo te doy gracias, Dios mío, porque con envidiar tanto á esa mujer no has consentido que la odie.

(Pedro entra después de una pequeña pausa. María le ve entrar sin inmutarse.)

PEDRO.—Gracias á Dios que entro una vez sin asustarte.

MARÍA.—Es que ya no me asusto de nada. Además, esperaba que vendrías.

PEDRO.—¡A salvarte todavía! Me lo han contado todo y sé que no tienes amparo en el mundo. Sé también..... ¡mi corazón no me engaña nunca!.... que eres buena: siempre te lo he dicho. María, ¿quieres ser mi mujer?

MARÍA.—(Con triste calma.) No, Pedro.

PEDRO.—¿Por qué?

MARÍA.—Porque no te merezco.

PEDRO.—Eso es cuenta mía.

MARÍA.—Pues bien: porque..... porque no te quiero. Yo no engaño á nadie.

PEDRO.—¿Y..... no crees que..... que llegarías á quererme?

MARÍA.—No: sé que no.

PEDRO.—Entonces..... debo marcharme..... Para siempre..... ¡Pues adiós, María!

MARÍA.—Adiós.

PEDRO.—¿No me das la mano?

MARÍA.—Sí. (Se la tiende. Pedro la estrecha entre las suyas un rato, dejando traslucir la honda turbación de su espíritu; después va hacia la puerta del fondo, desde donde vuelve la cabeza para mirar á María, y dice:)

PEDRO.—¡Maldito sea el hombre que secó en tí la fuente de la la vida! ¡¡No le deje Dios gozar sus amores!!

MARÍA.—¡Oh, calla!

PEDRO.—¡Maldito el que encendió en tu cabeza esos fuegos fatuos y apagó en tu corazón la llama del querer honrado! ¡Maldito, sí, maldito el que te hizo soñar con el sueño que dan los venenos!

MARÍA.—¡Eso no, Pedro! ¡No le maldigas!

PEDRO.—¿Que no? Una y mil veces. (Volviendo al centro.)

MARÍA.—Pues bien: tú, lleno de odio, maldícele cuanto quieras, que yo, muerta de amor, le bendigo. Veremos cuál de los dos votos llega primero al cielo.

PEDRO.—Pero ¿tú piensas que el delito de ese hombre puede alcanzar perdón?

MARÍA.—¡Sí! Tú quisieras que no, pero sí puede alcanzarlo. Le odias tanto, que ya te despido sin pena. Vete.

PEDRO.—¡Desdichada mujer!.... ¡Y más desdichado yo! (Sale por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA

MARIA, sola.

¡Sola! ¡Ahora sí que estoy sola!.... Sola con *él*, que ya nunca se marchará de aquí. (Señalando al corazón.) ¡Señor, conozco tu castigo: á los que se obstinan en amar el imposible, luego les condenas á que no puedan dejar de amarle! (Esconde la cabeza entre las manos. Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA

